

Córdoba. 1 de Enero. 1992.

Mi entrañable Don Miguel:

Acabo de terminar su Señor de Rojo... (en lo mucho que me ha conmovido justifica lo de "mi entrañable").

Nada necesita que yo le diga; sepa usted que lo sé bien, pero hallo en hacerme la ilusión una excusa para confesarle cuánto me he "embotonado" leyendo su altísimo libro, que ha renovado en mí hondos recuerdos familiares e íntimos deseos futuros.

Mañana, la que será muy pronto mi mujer, economista y opositora, y con un sentido sublime de la prudencia, del que yo a menudo carezco, me replicaba a mi deseo de enviarle este ejemplar para que vos lo dedicase, que no era éste precisamente un libro oportuno para dedicar. Decía: "si tú lo hubieras escrito, creo que no me gustaría que lo dedicaras a nadie. Cualquiera otro sí, éste no. Es demasiado personal — concluiría — como para dedicárselo a nosotros".

Convenido por ella, había desistido de mi envío, hasta que me sorprendí con la convicción de que si había algún libro que a

haría y a mí nos gustaría tener dedicado y
releer su dedicación cuando llegara
nuestra madurez, este sería, sin duda,
Señora de Rujo sobre Fondo Gris.

Así que, osado por mi ilusión, quizá
demasiado osado, le adjunto nuestro "quinto"
ejemplar, a fin de que, si le fuera grato,
nos lo enviara dedicado cuanto generosa
y cariñosamente sea adecuado.

Hasta poderle regalar mi nuevo
poemario, que anda en la editorial y
en el que incluiré este poema que le ad-
junto, recién compuesto, terminado, pero
en el que no excluyo definitivos retoques,
para que ya lo tenga. Espero que le
guste.

Unyo queda atento y con enorme afecto:

Fernando Alberca:

A MIGUEL DELIBES,
POETA DE LA VERDAD

Le vi un día pasear a oscuras,
tímidamente rítmico y silencioso.
Su poesía sincera que algunos quitaban
— él mismo — castellana,
bajaba hasta mis olivares tiernos
y en su verdad soñaba
con infinitas palabras y en infinitos lugares.

Mis emociones iban con sus renglones,
perdidas en el ocre precioso de su lenguaje.
A mis dedos miraba admirado de sus dedos,
y confiado en escribirle aún más de cerca,
me consolaba soñando que aún no era tarde.

Mis ojos se despertaban entre sus versos
de plata, precisos, sencillos y enteros.
Era él quien había hecho el sol más pequeño
y hacía girar la tierra en torno a un dedal.
O más que él, su acertado siempre sin querer,
su honesto optimismo triste,
su exactitud y su esculpida bondad.

Fijándome en esta reveladora hechura,
que nos había rescatado tan sedimentadas joyas
de un mar tan celeremente reducido,
le vi un día pasear a oscuras
y le miraba a oscuras y agradecido.

Con un enorme abrazo: Fernando Alberca

